

En medio de la actual pandemia se ha producido una inusual circulación de reportes e imágenes, provenientes de los llamados “países orientales”. Este aspecto de la actual crisis plantea interrogantes sobre la manera en la que representamos al “otro oriental” y, en general, sobre el sentido de las categorías “Occidente-Oriente”. La reflexión que nos exige este aspecto de la actual coyuntura es de suma importancia, a la luz de un entorno global que será más común, con “Oriente” como una realidad cada vez más presente en nuestra vida.

Palabras clave: COVID-19, pandemia, orientalismo, países asiáticos, globalización

El “virus chino”: la pandemia y Oriente

Óscar Figueroa
figueroa@crim.unam.mx

Un mundo más grande en un mundo más pequeño

No es sencillo recordar algún evento reciente que nos haya tocado en lo individual y en lo social, al mismo tiempo a todos y de manera tan directa, como la propagación del SARS-CoV-2, el virus causante del síndrome respiratorio agudo conocido como COVID-19, de cuya gradual expansión desde el “Lejano Oriente” hasta penetrar el núcleo de la civilización occidental y sus periferias hemos sido testigos a lo largo de los últimos meses. Lo que el planeta ha vivido en este tiempo y, lamentablemente, seguirá viviendo en los próximos meses, no se compara a otras pandemias recientes, en especial, la del virus H1N1 en el año 2009; mucho menos a esas ocasiones en las que buena parte de la población mundial se convierte en espectadora de un mismo suceso, por ejemplo, un evento deportivo o bélico. En el caso de la epidemia por COVID-19,



Investigador definitivo de tiempo completo del CRIM, adscrito al programa Estudios de lo Imaginario

“
Es un hecho que el mundo seguirá contrayéndose
en el acto mismo de desplegarse ante nosotros,
y que el “Oriente” será una realidad
cada vez más presente en nuestra vida.”

como nunca antes, el ancho mundo afuera y el devenir inmediato convergen en torno a un mismo dilema. Lo que presenciamos en otras naciones a través de los medios, coincide con lo que aqueja nuestro aquí y ahora: la misma causa de desasosiego, al mismo tiempo, en todas partes.

La sensación es como si de pronto el planeta se hubiera contraído, como si fuera más pequeño. Esto vale sobre todo respecto a regiones que solemos considerar remotas o ajenas, tanto en términos geográficos como culturales y/o simbólicos. Un mundo inesperadamente pequeño: ¿Cómo es que algo que irrumpió en una ciudad china esté ahora a nuestra puerta, a la puerta de todas las personas en cualquier rincón del mundo? Paradójicamente, al mismo tiempo y por el propio carácter global del fenómeno, el mundo se ha vuelto más grande y diverso. Como nunca, nos hemos enterado de la situación en lugares sobre los que solemos escuchar poco; o nos hemos asomado a regiones con las que creíamos no tener nada en común. En particular, el mexicano promedio se ha visto inusualmente expuesto a reportes e imágenes provenientes de los llamados “países orientales”, en donde todo comenzó. Este aspecto de la pandemia plantea interrogantes sobre la manera en la que representamos al “otro oriental” y, en general, sobre el significado de las categorías “Occidente-Oriente”. La reflexión que nos exige este aspecto de la actual coyuntura es de suma importancia, a la luz de un entorno global que será más común: es un hecho que el mundo seguirá contrayéndose en el acto mismo de desplegarse ante nosotros, y que “Oriente” será una realidad cada vez más presente en nuestra vida.

Para empezar, conviene recordar que “Oriente” no es una categoría puramente geográfica. Como mostró Edward Said hace ya casi medio siglo en su obra clásica *Orientalism*,¹ las palabras “oriente”, “oriental”, etcétera, a la vez que apuntan en cierta dirección espacial, evocan una serie de imágenes y representaciones. “Oriente” es, pues, una categoría hermenéutica y, como tal, designa no sólo un lugar geográfico, sino un lugar simbólico, en cuya construcción necesariamente participa el sujeto de enunciación, ya sea el sujeto colonialista europeo, como ocurrió en un principio, o cualquier otro. Dicha enunciación, por lo tanto, pone en juego ideas no sólo sobre lo otro sino también sobre lo propio. Una manera simple de notar esto es comparar lo que nos provoca la palabra “Oriente” con lo que nos dice la fórmula más neutral “Asia”. La primera posee una carga semántica distinta. En nuestro caso, aun cuando nos sumamos como invitados tardíos a esa entidad abstracta, pero dominante, que hoy llamamos Occidente, lo más probable es que nuestra imaginación vuele precisamente a través de Europa, y no a través del Pacífico, y asocie el “Oriente” con sabiduría primigenia y elevada espiritualidad, pero también con superstición, irracionalidad y despotismo, y en los últimos años con pujanza económica.

Representaciones de Oriente en medio de la pandemia

Estas imágenes y sus respectivos estereotipos, han cobrado actualidad en el contexto de la presente pandemia. Sobre todo en las primeras semanas, el ejemplo sintomático fueron las expresiones “virus chino”, “gripe china”, etcétera, usadas en diferentes contextos. Hasta hace muy poco el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, seguía diciendo “virus chino” con toda su carga despectiva. A estas expresiones hay que sumar las historias, varias de ellas rayando en lo fantástico, sobre el origen del virus dentro de China, ya sea el

consumo callejero de murciélagos o una invención deliberada en un sofisticado laboratorio secreto. Lo que aquí nos interesa no es la verdad o falsedad de estas declaraciones, sino la proyección de imágenes asociadas con dichas declaraciones sobre el conjunto de una cultura o pueblo. Desde esta perspectiva concreta, dos tipos de exotismo son atribuidos sin matices a toda una cultura, cancelando otras lecturas y finalmente estigmatizándola: los extremos del oscurantismo y el progresismo ciego determinan, sin más, nuestra representación de China; en ambos casos además con una carga extensible a todo el “Oriente”, ampliación que reitera un añejo patrón en México: piénsese en la costumbre, desde el período colonial y hasta principios del siglo xx, de llamar “chino”, casi siempre con desdén, a cualquier migrante de origen asiático.²

“
dos tipos de exotismo son atribuidos
sin matices a toda una cultura,
cancelando otras lecturas
y finalmente estigmatizándola:
los extremos del oscurantismo
y el progresismo ciego.”

Desde luego, a medida que fuimos comprendiendo el alcance del virus y que cada país fue implementando medidas para hacerle frente, nuestra exposición a representaciones de las culturas orientales se multiplicó y diversificó. Así, en el caso de la propia China, los extremos apenas mencionados se han alternado con imágenes más positivas, al menos en primera instancia, centradas en el éxito del país para controlar

la enfermedad mediante un despliegue inédito de vigilancia digital sobre la población. De hecho, con diferentes énfasis, el tono positivo ha prevalecido en las notas sobre los países incluidos en la categoría “Lejano Oriente”: en Corea del Sur y Taiwán gracias a la acción de un gobierno responsable y oportuno; en Hong Kong debido a la respuesta de la gente ante la parálisis del gobierno; en Japón y Singapur a partir de una combinación de estas dos variables.³ La difusión de estas representaciones ha ameritado, incluso, ensayos filosóficos sobre el “modos oriental y occidental” de enfrentar la pandemia —asociados, respectivamente, con el colectivismo y el individualismo—, planteamiento que repite la tendencia a reducir la pluralidad a categorías fijas, a la vez que reitera el estereotipo a imaginar “Oriente” y “Occidente” como realidades contrapuestas, en competencia.⁴

En ese esquema, el reconocimiento inicial del “Oriente sabio” que supo superar la crisis con autodominio y disciplina colectiva, no ha estado exento de críticas (mansedumbre, intereses comerciales, violación de derechos humanos, estrategia geopolítica con fines perversos, etcétera), luego elevadas a estigma. Por último, cuando la curva de contagio comenzó a ceder en estos mismos países, desfilaron imágenes de ciudades ultramodernas que parecían tener “poco de orientales”: varios quizá se sorprendieron, por ejemplo, de que Wuhan, el origen de la epidemia, se asemejara más a una metrópoli estadounidense colmada de rascacielos que a la milenaria aldea china.

Desde luego, no todos los países asiáticos han recibido esta atención ni han suscitado este abanico de imágenes. Por ejemplo, las notas e imágenes sobre la India, donde el virus se ha expandido a un ritmo diferido, similar al de México, son aleccionadoras, pues nos hablan de la persistencia del cliché oriental en un grado mayor al de sus vecinos “lejano-orientales”. En efecto, quizá ninguna cultura como la de la India evoca el “Oriente exótico”. Así, habremos escuchado de los experimentos para curar el virus con orina de vaca, de animales que se creían extintos y reaparecieron o, en el mejor de los casos, de multitudes caóticas en medio de la pandemia, pero poco o nada sobre la proliferación de sentimientos anti-musulmanes, aprovechados políticamente, o sobre las implicaciones socioeconómicas y el pésimo manejo del confinamiento, anunciado súbitamente y con

carácter obligatorio, empujando a una población flotante de millones de personas a regresar a casa en pueblos y aldeas distantes, a veces sin más remedio que hacerlo a pie por varios kilómetros y morir en el intento.⁵ De cualquier modo, incluso en el caso de las naciones asiáticas que, como la India, escapan al radar del “Lejano Oriente” —de Paquistán a Jordania, de Tailandia a Irán—, hemos tenido a nuestro alcance una inédita cantidad de informes e imágenes, que ha profundizado la sensación de un mundo más vasto dentro de un mundo repentinamente más pequeño.

Un desafío presente y futuro

¿Qué enseñanzas nos deja este cúmulo de representaciones del “Oriente” en medio de la pandemia? Como esta nota sugiere, una realidad tan compleja y diversa como la que entrañan los países asiáticos, rebasa cualquier visión reduccionista, normativa o estigmatizadora, y en esa medida nos exige un cambio de perspectiva, una amplitud de miras.

“Una realidad tan compleja y diversa como la que entrañan los países asiáticos, rebasa cualquier visión reduccionista, normativa o estigmatizadora, y en esa medida nos exige un cambio de perspectiva.”

Idealmente, el cambio de enfoque tendría que ver con el reconocimiento de un horizonte cultural precisamente complejo y diverso, dotado de racionalidades propias, una historia heterogénea y una gama completa de experiencias. La exigencia apuntaría, entonces, a evitar las fórmulas simples y los estereotipos, a la vez que a aceptar que la visión propia, pese a su aparente preva-

lencia, no es la única. Conocer mejor al “otro oriental” puede o no ayudarnos a lidiar con el COVID-19, pero ciertamente nos salvará de llamarlo “virus chino”. Las repercusiones de este descentramiento cultural son particularmente saludables en el caso de México (y Latinoamérica). De entrada, el ejercicio relativiza la supuesta pertenencia a esa realidad abstracta que llamamos Occidente, al sugerir, por ejemplo, que, en sentido estricto, para nosotros Oriente es Europa, y que históricamente Asia fue nuestro Occidente, de modo que al sumarnos ciegamente al orientalismo eurocentrista secundamos una visión colonialista, de la que seguramente, si tuviéramos plena conciencia, renegaríamos.

La necesidad de alcanzar esta amplitud de miras se ha tornado más urgente que nunca a raíz de la actual pandemia. Ésta ha revelado de un modo tangible algo que ya venía sucediendo por fenómenos como los medios digitales, la migración, la crisis ecológica, etcétera; me refiero, desde luego, a la interconexión y la interdependencia de todas las naciones y sus habitantes, y más aún, de todo cuanto existe sobre la faz de la tierra. “En su esencia misma, todo tiene que ver con todo” (*sarvasarvātmaikatva*), reza una famosa máxima sánscrita. El asunto no es, pues, coyuntural; es un presente que será también futuro, respecto a un escenario cada vez más común y que tendrá en “Oriente” una realidad cada vez más próxima, con todos los retos de interacción y comprensión que ello supondrá, tanto en la identidad como en la diferencia. El desafío, una vez más, pasa por superar la imagen monolítica de “Oriente”, desde la categoría misma, *vis-à-vis* del dominio planetario de la visión occidental. En particular, la responsabilidad de la investigación académica es impostergable en relación con nuestro entendimiento de las sociedades asiáticas y sus representaciones.

Notas

- 1 Publicada originalmente en 1978. Hay traducción al español: Barcelona, Mondadori.
- 2 Sobre el tema puede consultarse Schiavone (2013). A esta práctica subyace, por ejemplo, la invención de la China Poblana, en realidad una aristócrata mogola del norte de la India, secuestrada por piratas y vendida como esclava en Manila, de donde fue enviada a la Nueva España con el nombre de Catarina de San Juan (1606-1688). Al respecto, véase Blake (2013).
- 3 Véase, entre muchas otras notas periodísticas, Tufekci (2020); Fahey y Nadeau (2020); y Thompson (2020).
- 4 Quizá la opinión más difundida al respecto ha sido el ensayo del filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2020), del que varias notas periodísticas se han hecho eco, por ejemplo, Zhou (2020). La entrevista que Noam Chomsky concedió al periódico italiano *Il Manifesto* (2020) reitera el patrón, aunque en una forma atenuada al hablar de Asia y Europa, no de Oriente y Occidente.
- 5 Véase la lúcida nota de la escritora Arundhati Roy (2020); también Apoorvanand (2020).

Referencias

- Apoorvanand. (2020, mayo 18). How the Coronavirus Outbreak in India was Blamed on Muslims. *Aljazeera*. <https://www.aljazeera.com/indepth/opinion/coronavirus-outbreak-india-blamed-muslims-200418143252362.html>
- Blake, L. (2013). Orientalism and Mexican Nationalism: Catarina de San Juan as the China Poblana's Asian Mother. En E. Camayd-Freixas (Ed.). *Orientalism and Identity in Latin America: Fashioning Self and Other from the (Post)colonial Margin* (cap. 4). University of Arizona Press.
- Chomsky, N. (2020, marzo 18). *Salud devastada por el neoliberalismo* [II manifiesto]. <https://ilmanifesto.it/login>
- Fahey, R. y Nadeau, P. (2020, mayo 18). Time to give Japan credit for its Covid-19 response. *Tokyo Review*. <https://www.tokyoreview.net/2020/05/time-to-give-japan-credit-for-its-covid-19-response/>
- Han, B.-C. (2020, marzo 21). La emergencia viral y el mundo de mañana. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Roy, A. (2020, abril 3). The Pandemic is a Portal. *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/10d8f5e8-74eb-11ea-95fe-fcd274e920ca>
- Said, E. W. y Laade, W. (1978). *Orientalism*. Routledge & Kegan.
- Schiavone, J. M. (2013). Journeys and Trials of the Fu Family: Transpacific Reverberations of the Anti-Chinese Movement in Mexico. En E. Camayd-Freixas (Ed.). *Orientalism and identity in Latin America: Fashioning self and other from the (Post)colonial margin* (cap. 5). University of Arizona Press.

- Thompson, D. (2020, mayo 6). What's behind South Korea's Covid-19 Exceptionalism? *The Atlantic*. <https://www.theatlantic.com/ideas/archive/2020/05/whats-south-koreas-secret/611215/>
- Tufekci, Z. (2020, mayo 12). How Hong Kong Did It. *The Atlantic*. <https://www.theatlantic.com/technology/archive/2020/05/how-hong-kong-beating-coronavirus/611524/>
- Zhou, C. (2020, abril 23). Why Is the West Being Hit Harder than the East by COVID-19? *ABC News*. <https://www.abc.net.au/news/2020-04-24/coronavirus-response-in-china-south-korea-italy-uk-us-singapore/12158504>

Para citar esta nota: Figueroa, Ó. (3 de junio de 2020). El "virus chino": la pandemia y Oriente. *Notas de coyuntura del CRIM* No. 31, México, CRIM-UNAM, 6 pp.

Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de los autores/as y no necesariamente representan la opinión del CRIM